

OTRAS ESQUINAS Y RINCONES.

Por Federico Villoch.



ALGUNOS parecen pequeñas fortalezas de esas olvidadas en una invasión de ejércitos enemigos. No se explica que el tiempo haya pasado por encima de ellos sin tocarlos en lo más mínimo, dejándolos intactos; y tal y como los conocimos en nuestros años más remotos. En nuestro cotidiano y curioso paseo por la ciudad, hoy hemos tropezado con otras esquinas y rincones dignos de ser citados en esta colección de ellos, con que de tarde en tarde llenamos algunas de estas viejas postales descoloridas. He aquí esta esquina de Egido y Sol que continúa tal y como la conocimos, allá por los años de la Nanita, sirviendo entonces de cuartelillo del Batallón de Bomberos Municipales de la Habana; y hoy de Centro de la Asociación de Veteranos. De aquel cuartelillo de bomberos recordamos un jorobado corneta que tenía locos a los vecinos del barrio con los refilos, florituras y gorjeos de su diabólico instrumento. Todas las tardes se iba el jorobado a ejercitar sus facultades en la esquina de Zulueta y Corrales; y allí se saciaba de soplar y resoplar a su gusto. A José Aixalá, muchachón que era entonces empleado en casa de Gener, almacén de tabaco, allí próximo, lo tenía loco el Rigoleta corneta con sus agudas y eternas tocatas; ya desde entonces le caía Don José simpático a todo el mundo, y le guardaba finezas y atenciones; menos el jorobado bombero. Entonces era aquella parte de la ciudad un extenso descampado; y no existía desde la esquina en que el jorobado «corneataba» a su gusto, hasta el paredón del Arsenal, más que el picadero del famoso y popular Castrillo, que sabía como nadie domar y ejercitar los caballos que después se lucían en el paseo del Prado por las tardes. Había entonces tres mosqueteros del género hípico que

se destacaban en la Habana por su prestancia y dominio ecuestre: Don Juan Bance, jinete de alta escuela; Don Segundo García Tuñón, dueño de «El Navío», de la calle de la Muralla, el asturiano más bien empacado que se había visto sobre un corcel; y el abogado y hombre cultísimo y agradable, don Antonio Mendoza: hacía de Artagnan, Miguelito González, cubano gallego de gran popularidad en la Habana.

Una de las primeras casas que se fabricaron más tarde en ese descampado de Egido, fué el gran edificio que ocupa hoy la fábrica de tabacos de Murias, en el que se instaló provisionalmente la Cámara de Representantes, el último año del Gobierno de Estrada Palma, en la que se celebró aquella famosa e histórica sesión propiciada por el gobierno de Washington, con la esperanza de que los cubanos dirimiesen sus diferencias políticas, antes de decretarse la segunda intervención americana de Magoon. La Habana, la isla entera, estuvo aquella noche memorable del 23 de septiembre de 1906 esperando en medio de las más agitadas emociones que los partidos políticos se pusieran de acuerdo; pero los contados Representantes que acudieron a la sesión, cabeceaban de sueño en sus escaños sin que se produjera el hecho deseado; levantándose al fin aquélla ya por la madrugada, al grito de: ¡Alea jacta est!...

Únicamente concurrieron a aquella sesión los Representantes señores Emilio Bacardí, Ramón Boza, Gonzalo García Vieta y Ambrosio Borges. Un postalista romántico les hubiera llamado «los últimos patriotas»... En tanto, el crucero americano «Des-Moines», esperaba en bahía conduciendo las tropas de desembarco que habían de ocupar la capital, si como se esperaba, y sucedió, dimitía la presidencia de la República Don Tomás Estrada

da Palma. Copiando y recordando a Don Juan Nicasio Gallego, en su oda al 2 de Mayo, podemos haber dicho:

—Noche; terrible noche  
del «miserable» que esquivando el sueño,  
profundas penas en silencio gime...

El «miserable» era esta vez el infeliz cubiche, que empezaba a ver extenderse los primeros nubarrones en el cielo político de su patria...

Cuántas veces pasamos ante esta esquina de Egado y Soi, resuenan en nuestros oídos los cornetazos de aquel satánico jorobado; y por correlación de ideas, también se despierta en nuestro recuerdo el de aquel magnífico profesor de cornetín que se apellidaba Raluy —buen mozo de copiosa barba negra como el azabache— miembro de la Banda del Apostadero de la Marina Española, que dirigía el Comandante músico señor Gil. La de Artillería la dirigía el maestro italiano Capitán Brochi; y la de Ingenieros, el Comandante La Rubia. Raluy era uno de los principales atractivos de las retretas del Parque Central, en las que se lucía ejecutando en su instrumento las escalas y arpeggios más complicados y difíciles; y también de las corridas de toros y otras fiestas populares, que él amenizaba con su nutrida banda particular llamada «Habana». Años después conocimos y utilizamos los servicios de un hijo de Raluy, tan simpático y agradable como su padre, en algunas obras del teatro Alhambra, siendo ya uno de los primeros cornetines de la excelente banda de nuestra Marina Nacional.

El cuartelillo de Egado y Sol de los Bomberos Municipales, como dijimos, se trasladó años después al «Cuartel de Corrales», que se llamó al principio de la «Infanta Eulalia», por un donativo de consideración que ésta le hizo y por haber concurrido dicha Infanta, en persona, al bautizo del mismo, en tiempos del Alcalde reformista Don Segundo Alvarez. Recordamos de ese «Cuartel de Corrales» un suceso, que no sabemos si calificar de original, o de corriente, que tuvo lugar en tiempos del Alcalde Don Antonio Quesada, el año 95, en los primeros meses de haberse iniciado la guerra de Independencia. El Ayuntamiento de la Habana organizó un batallón de Milicianos para combatir la revolución; allí en el Cuartel de Corrales fueron obsequiados, tropas y oficiales, con un espléndido almuerzo y la entrega de la primera paga antes de partir para la manigua... Y en el primer encuentro que tuvieron, más de la mitad del batallón, con sus oficiales a la cabeza —había uno de apellido Calderón— se pasó al enemigo; cosa que a pocos sorprendió; porque ya ello se tenía descontado. Por eso se dice cuando se quiere designar un tiempo viejo: «que era en los tiempos en que se amarraban los perros con longanizas, y no se las comían»; seguramente de candorosos y bobos que eran.

De aquel entonces al presente, no ha cambiado poco que digamos la calle de O-Reilly. La plazuela comprendida entre las esquinas de Compostela y Aguacate, sobre todo, se ha transformado casi por completo, con el desplazamiento del convento de Santa Catalina por el moderno y sólido edificio del Nacional City Bank. Frente al convento hallábase una casa de huéspedes donde vivían los canónigos doctores Merino y Espinosa, este último catedrático del Instituto, en el que explicaba las asignaturas de Psicología Lógica y Ética; era un hombre corpulento, sanguíneo y brusco, por no



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

3

decir ordinariote, que se hacía malquerer de sus discípulos por su carácter. Siempre que Don Manuel Espinosa se encontraba en la calle con algunos de sus alumnos más revoltosos —entre ellos Ricardo de la Torre, hermano del sabio don Carlos— les decía:

—¡Adiós, mambí!

Lo que se cobró de la Torre años después, cuando el gobierno de la primera intervención americana, diciéndole siempre que se lo encontraba en alguna parte:

—¡Adiós, «patón»!

—¡Bien que te la cobras, pillastre! —le contestaba don Manuel que, ya desposeído de su cátedra, se había hecho más condescendiente y tratable.

En una de las antiguas casitas de tejado y ventana con poyo alto, que existían en la calle de Aguacate, al costado de Santa Catalina y próximo a la esquina de O-Reilly, colocó Cirilo Villaverde el humilde hogar de su heroína Cecilia Valdés; lo que hacía que los amantes de la literatura que habían leído la preciosa novela, fijasen a veces su mirada, al cruzar frente a la citada casita, haciéndose la ilusión, tal vez, de que iban a ver asomar al postigo la linda cara de aquella «fior de la canela» —la virgen de bronce— que el novelista disputaba como el más acabado modelo de la belleza femenina criolla.

¡Cuánto más vale e influye a veces en los hombres la realidad de una ilusión, que una realidad tangible; porque aquella perdura con el ensueño; y ésta cansa y se vulgariza al fin, con el prosaísmo de la realidad!...

Un almacén de ropa hecha ha sustituido en la esquina a Compostela a la antigua «Fotografía de Suárez», al lado de la que, por la calle de O-Reilly, hallábase la no menos acreditada del alemán señor Cohnerr. Decíase entonces, sin que nos conste que hubiese motivo para ello, que la fotografía de Suárez era la escogida por el elemento español y el afocial de la Colonia; y la de Cohnerr, por las más nombradas familias cubanas de la mejor sociedad: lo cierto era que en la sala de la casa de Suárez lucían a menudo los retratos de los Capitanes Generales y autoridades de la Colonia; y en la de Cohnerr, los retratos, en busto, de Esperanza Navarrete, Margarita Pedroso, Terina Arango, Charito Armenteros, las hermanas del Monte y otras distinguidas y bellas damas habaneras; algunos pintados al óleo por los mejores artistas cubanos de la época, entre ellos Armando Menocal.

Durante largo tiempo, hasta que se cerró la fotografía de Suárez, estuvo exhibiéndose en la sala de la misma, un cuadro al óleo, tamaño tres cuartos, del capitán del vapor correo «Gijón», Don Baldomero Iglesias, que se hundió heroicamente con su barco, al chocar éste pocas horas después de salir del puerto de La Coruña, con un vapor inglés de carga; salvándose con otros pasajeros en un bote, el célebre y popular aquí en la Habana, «Gordo Granado».



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

En la casa de Cohnerr trabajaba de retocador de las fotografías, un joven artista alemán, de Baviera, llamado Oscar Held, muy apreciado de nuestra más distinguida juventud; y acogido con el mayor agrado en nuestras casas y salones elegantes; tocaba el piano con sumo arte, y poseía un carácter tan decidido y afectuoso, que le granjeaba la simpatía de todo el mundo. Apenas se declaró la guerra de Independencia, Oscar Held, que estaba ligado por afectos de sincera amistad a los revoltosos jóvenes de la Acera del Louvre, se fué a la manigua con algunos de ellos; si bien al poco tiempo se vió en la necesidad de presentarse al gobierno de la Colonia, comidas de llagas las pan-torrillas y destrozado el estómago por una alimentación escasa e insalubre. De tal modo se veía asediado por los amigos, haciéndole preguntas acerca del día de su presentación y demás detalles, que ya cuando veía acercársele uno nuevo, en el acto, y antes que aquél le preguntara nada, se apresuraba a contestarle:

—El jueves de la semana pasada. Mucha calabaza... mucho guisazo...

Había vivido largo tiempo en Matanzas, trasladándose después a la Habana, e ingresando en la fotografía de Cohnerr a cuyo éxito contribuyó, en gran parte, con su exquisito trabajo artístico. Tenía el prurito de conocer a fondo la «ciencia heráldica»; y se lucía desentrañando el origen del apellido de sus amistades, siempre que la ocasión se le brindaba. Tocaba el piano, con exquisito gusto, los vales entonces de moda de Metra, Strauss y Waltelfield; y los couplets de las operetas famosas en boga, dando la nota chic y espiritual en los grupos de la Acera y en los pasillos de los teatros. Dominaba el francés y el italiano; y hablaba el español con un marcado acento extranjero que le comunicaba cierta gracia, al remarcar las erres y las jotas. ¿Quién no conocía y apreciaba en la Habana a aquel simpático alemansito, menudo, elegante, suelto, siempre sonriente, que se hacía apreciar apenas se le conociera. Avergonzado de su conducta, que él estimaba poco recomendable, al presentarse y abandonar de la manera que lo hizo a sus amigos de la manigua, Oscar Held dejó la Habana; y se embarcó para Veracruz, donde murió al cabo, enfermo y sin olvidar, como él decía, «aquella hergmosa tierrrra, donde pasó su juventud, y tenía tantos amigos»... 1888-1898.

¿Qué pasa con ese esquinazo de O-Reilly y Aguiar donde, desde los remotos tiempos en que se bebía laguer con sirope, se han instalado distintos cafetines, hasta el presente, que lleva el nombre de «Chicago-Bar»? La esquina, es decir, el edificio, data por su estructura, lo menos del año 1800. El techo, las paredes, las puertas, la fabricación, en fin, es de lo más toscó y anticuado que puede darse: aquella tosca casa fué ocupada hace muchos años por la entonces popular peletería, a la que acudía la Habana entera a comprar zapatos de «Ciudadela», titulada «La Beni-



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

ta», de la familia de los Gelats... No se les podría decir a los hoy acaudalados y prestigiosos banqueros, descendientes de aquella familia: «Zapatero, a tus zapatos», porque, como se ha visto, les fué mucho mejor en su nuevo giro, sin duda.

Siguiendo O-Reilly hacia Palacio, nos detenemos ante la casa que estuvo marcada con el número nueve y medio, restaurada y ocupada al presente por las oficinas de la Trasatlántica Francesa; y que en el pasado lo estuvo por el popular y batallador periódico «La Lucha», de Don Antonio San Miguel. ¡Cuántos recuerdos surgen de esas paredes! Amigos y compañeros, unos, vivos aún; otros ya fallecidos: de los primeros, Hernández Guzmán, Manolo Tejedor, Rafael Bázaga; de los últimos, Alzamora, Martín Morales, Valdivia, Juan Gualberto, Pancho Daniel, Varela Zequeira, Gastón y Arturo Mora... Las campanas contra el intendente Olivares y los «chocolates» de la Hacienda; los interesantes reportajes de los secuestros de Manuel García; el **Chivo del Arsenal**... Mas he aquí que —y como si guardase relación con este suceso— altérase súbito nuestro recuerdo con el ruido de un fuerte tiroteo que suena hacia la esquina de San Ignacio, frente a la entonces acreditada sastrería de Richart, y el popular café «El Paraíso», sobre el que hoy se levanta el Hotel Lafayette. Corre hacia allí la amedrentada multitud; y hállase derribado sobre la acera al representante a la Cámara el joven Severo Monleón, que empuña su revólver aún humeante, y al General Silverio Sánchez Figueras que, herido de muerte también, dispara el suyo sobre el maltrecho Monleón, gritando loco, enardecido:

—¡Yo también como plomo!...

E igualmente hállase dentro de la sastrería de Richart con un pobre sastre que se apoya en una mesa, manando sangre, de una cadera, en la que fué herido, casualmente, al producirse la batalla.

Creemos recordar que Monleón expiró antes de llegar a la casa de socorro. Sánchez Figueras salvó la vida gracias a la pericia e inteligencia del doctor Benigno Souza, quien se la disputó a la muerte, hora a hora, día a día. Todas las tardes publicaba el doctor Souza un boletín médico relativo al estado de salud de Sánchez Figueras, en los diarios de información, que el público leía con avidez.

El pueblo, que siempre responde a su primer impulso pasional, y que por lo corriente se coloca al lado del caído, acompañó los restos de Monleón a la última morada, en numerosa y sentida manifestación de duelo; y allí se levantó un mausoleo en el que se lee la siguiente inscripción:

«Mausoleo erigido por suscripción popular al Representante por Pinar del Río Sr. Severo Monleón y Guerra. 9 de Diciembre de 1910».

Bajando hacia Palacio, a la derecha, y en el tramo de calle comprendido entre las de Compostela y Habana, a la mitad de la cuadra, existía, hace más de cuarenta años, un salón de limpiabotas, a cuya entrada se sentaba en un banquillo, de espaldas a la vía pública, un trabado mozo pe-



ninsular, no mayor de veinte años, con un cartelón colgándole de los hombros, en el que con grandes letras se anunciaba cierto «betún para el calzado», entonces de gran fama. Los estudiantes que se encaminaban hacia la Universidad o el Instituto, al pasar junto a aquel hombre anuncio, le dirigían frases de choteo y broma, llevando algunos su travesura hasta aplicarle un coscorrón, de paso; y otros, a lanzarle, desde la acera de enfrente, gollejos de naranjas y semillas de mangos; lo que el paciente anunciador soportaba con la mayor sangre fría; y hasta entrando también a veces con risas y guasas en la contienda: el destino, que le tenía reservado a aquel mozo las más «estupendas y no soñadas sorpresas», le permitió con el tiempo devolverles a los traviesos estudiantes aquellos proyectiles, convertidos en libros de texto y obras de consulta, que él les arrojaba sobre el bolsillo, cobrándoselos, y no a bajo precio, por cierto: no cabe dudar que todo se paga en este mundo...

Y démosle una ligera ojeada a ésta, que, en nuestra excursión de hoy, resulta último tramo de la calle de O-Reilly, siendo en realidad el primero: de un lado, la vieja Universidad, transformada al presente en estación de policía y del otro, en la esquina de Mercaderes, el recuerdo del venerable café «La Dominica», en el que nuestros abuelos tomaban café con leche o chocolate cuando salían de la misa de siete, de la iglesia de Santo Domingo, sustituido hoy por una parada de autos y despacho de gasolina. La vieja imprenta de Don Manuel Romero Rubio —el Romero Robledo de los conservadores— donde se tiraba el periódico «El Comercio»; que también tenía allí su redacción: Wifredo Fernández, Fuentevilla (Manuel Morphy), Martín Lamí, y al lado, el célebre y acreditado restaurant «París», del gran Petit, con su no igualado y suculento ragú de carnero, el mejor que se servía en la Habana. La primera vez

que visitó Rubén Darío nuestra capital, allá por el año 93, de paso para Europa, los redactores de «El Figaro» y «La Habana Elegante», le dimos un almuerzo homenaje antes de su partida, en aquel restaurant «París», entonces en todo su esplendor y hoy desplazado por el Club de Empleados de la Casa Galbán Lobo.

Cuando viniendo de O-Reilly atravesamos el parque por su mismo centro, huyendo de las encendidas oleadas solares, forzosamente, y antes de entrar en el Prado, nos guarecemos unos instantes, como en un oasis, en los frescos y sombríos portales de la célebre e histórica Acera del Louvre, tan poco transitada al presente, como tumultuosa y animada lo fué en lo pretérito. Todos los años, el Diez de Octubre, «los muchachos de la Acera», que en su mayoría pasamos, y bien, de la media rueda larga, nos reunimos allí para comer, charlar y recordar el tiempo viejo; figurando a la cabeza de aquel batallón de luchadores de la vida los viejos coroneles: Silvio de Cárdenas y Juan Lavín; comandantes, Robreño y Susini de Armas; Capitanes, Almagro, Núñez y otros —los generales



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

7

Pepe D-Strampes, Eugenio Santa Cruz, Sotico y Carlitos Maciá murieron en el combate— sin faltar la bizarra y siempre bien plantada cantinera de la hueste, Doña Pilar Somoano de Toro; y su ayudanta, su hija la linda Pilarina. Como en la actualidad flota en la atmósfera un marcado influjo bélico, no es impropio que consideremos aquella Acera como el postrero y más firme reducto de nuestras tradiciones; al que vamos todos los años, fusil al hombro, es un decir, a defenderlas y proclamarlas; y al que iremos en tanto exista un grupo de aquellos cruzados; hasta que quede el último; y vaya él solo; y caiga, al fin, para ser recogido moribundo ya por una ambulancia del Necrocomio.

Son los Cadetes de la Gascuña,  
que a Eugenio tienen por Capitán;  
son quimeristas; son embusteros,  
y a la vez nobles, firmes y enteros;  
blasón viviente por donde van,  
son los Cadetes de la Gascuña  
que a Eugenio tienen por Capitán.

Bajando el Prado, y mirando hacia la acera de enfrente, por la izquierda, recordamos la barbería de Donato Milanés y el café «El Anón», al que ya dedicamos una de estas postales; y entre las calles de Virtudes y Animas, la casa que fué uno de los postreros refugios de la directiva del partido autonomista de Cuba; otra, al lado, más modesta, donde vivió y tenía su bufete aquel distinguido hombre público y famoso abogado que se llamó doctor Martín Rivero; y ya en la esquina de Animas, la gran casa del entonces acaudalado Perfecto López, adquirida por varios capitalistas para levantar el Palacio del Casino Español de la Habana. Más hacia abajo, las dos esquinas de Trocadero, tan importantes y destacadas en la historia de nuestra urbe contemporánea: en una, la vieja casa de los Abreu, que fué desplazada por el Palacete de José Miguel, aquel demócrata de verdad verdad; simpático guajiro espirituano; amigo de todo el mundo; al que los paseantes del Prado veían por las tardes apoyado en el balcón de su dicho Palacete, y al lado de su esposa doña América Arias, inolvidable protectora de los desvalidos; y en la otra de enfrente, la amplia casona criolla mansión de la noble y distinguida familia del Conde de Romero; un palacio alhajado al estilo de 1880, cuyo interior se visitaba para admirar los infinitos objetos de arte que allí existían. Al entrar el visitante en aquella noble casa de los Romero, le sobrecogía el ánimo ese respeto que nos invade cuando visitamos un museo. Apenas se traspasaba los umbrales del amplio zaguán de la casa, veíase colgado en la alta pared, a la izquierda, un bello cuadro representando un gran salto de agua, cuyo caudal, blanco y espumoso, se precipitaba entre escarpadas rocas cubiertas de verde musgo; y una vez dejada atrás la reja de la entrada, de complicados y sólidos dibujos de herrería, sucedíanse las estatuas; los muebles de



8

severo aspecto; los altos espejos de dorados marcos; las cornucopias; los jarrones de Sevres; los cortinajes; los vetustos sofás con hermosas tallas; los butacones; todo el mobiliario, en fin, perteneciente a una época de rico esplendor y distinguida y fina elegancia...

Después de la muerte de la dulce y bella Josefina, hija del Conde de Fernandina y esposa de Felipe Romero, tal parecía oírse deslizar sus tenues pasos por aquellas salas y sobre aquellas espesas alfombras; y que, levantándose una de aquellas cortinas de vaporoso encaje o pesado demasco, iba a aparecer, inopinadamente, su gentil y vaporosa figura de hada... No tardó en seguirla aquel esposo que hizo una religión de su cariño. Josefina falleció el año 1914, en los días más azarosos de la guerra mundial. Con motivo de su sentida muerte, el postalista escribió los siguientes versos que se publicaron en «El Fígaro», y que el doliente e inconsolable esposo llevaba siempre consigo, recordados, en su cartera, como un recuerdo; no precisamente por su valor literario, de que carecen en absoluto, sino porque a él le constaba que fueron inspirados en un sentimiento de pura amistad y simpatía.

**En la muerte de Josefina Herrera de Romero  
1914**

Acceptemos su muerte sin reproche,  
que no ha sido ni injusta, ni temprana;  
cuando imperan las sombras de la noche  
ahogan el albor de la mañana.

Las almas buenas a su bien se ajustan;  
y en medio de este criminal anhelo  
que azota al mundo y oscurece el cielo...  
los ángeles se asustan;  
y remontan el vuelo.

Hoy ocupa esa esquina de Prado y Trocadero la «Pan American Airways Company», la que despierta en visitantes y transeuntes, con los aeroplanos y aviones que se ven pintados en sus cuadros de anuncios, la idea de que así como ellos, todo vuela; se va; y desaparece con el tiempo, entre las nubes del infinito...

*Em  
Nov. 19/39*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA